

despertada en el Renacimiento por todas partes para empujarlos al abismo. La Naturaleza pone como una estrella de guía el oro al término y logro de tales proyectos. Y como la química moderna jamás encontrara los elementos de vida, que hoy enriquecen la industria, sin los fantaseos de la increíble alquimia, empeñada en forjar oro puro dentro de los crisoles diabólicos, el descubrimiento de las nuevas tierras jamás se iniciara y consiguiera si el oro no hubiese brillado como un misterioso astro, como un punto Norte, como un centro de atracción, allá en los lejanos cielos y tras los ignotos mares. Por él hemos ceñido España y Portugal con nuestros brazos el planeta entero, y levantádonos juntos á sembrar, como dioses, de soles nuevos y nuevas constelaciones lo infinito. Nada menos extraño que los terrores de la tripulación aquella, cuyos espasmos la hicieran retroceder cien veces, á no haber mediado en el intento una inteligencia tan clara como la del Almirante y una voluntad tan entera como la de su segundo Martín Alonso Pinzón. Todo cuanto á la fe viva y á la inspiración creadora y á la inteligencia superior y al ideal deslumbrante y á la esperanza y á las adivinaciones, y á las profecías tocaba en aquel viaje creador, iba seguramente con Colón; pero la experiencia náutica, el arreglo administrativo, la ejecución acertada, las disposiciones para proveer á todo lo práctico y factible, á todo lo cumplidero en el detalle último y en el ordenamiento inferior, todo eso iba en aquel vasto plan con Martín Hernández Pinzón.

Las naturales asignaciones de los méritos, que corresponden á cada uno de los autores del descubrimiento, aparecen todavía embrolladísimas, por las pasiones ciegas de unos, por las ideas sistemáticas de otros, por el empeño en casi todos los historiadores de conceder excepcional importancia moral á los informes y atestiguaciones de un pleito, en el cual, disputados intereses y sólo intereses, cada litigante arrimaba el ascua con razón á su sardina y cada testigo servía las personales conveniencias de aque-

llos en cuyo pro y por cuyo servicio estaba pronto, no sólo á disminuir, á ocultar, si era preciso, la verdad. Hay disidencias en apreciar lo que hiciera el piloto de Génova y lo que hiciera el piloto de Palos en la invención del Nuevo Mundo, porque se lleva el temperamento de los justipreciadores, el cargo que desempeñan, el pueblo á que pertenecen, la carrera y profesión que siguen, al controvertido justiprecio. Quién cree que, por marino, debe poner la técnica sobre la intuición y los experimentos del experto sobre las revelaciones del profeta; quién que, por creyente, necesita divinizar á Colón y poco menos que creerlo immaculado, como la Virgen Santísima, é infalible, como el Papa católico, en razón de haber aportado un mundo nuevo á la Iglesia en la hora suprema en que perdía el viejo por las herejías enormes del protestantismo y por las tendencias paganas del Renacimiento; quién, á fuer de librepensador, da tras el Estado, representante de la unidad religiosa en el mundo moderno, tras España, y la veja por el hecho capitalísimo, por el descubrimiento y apropiación de América, imputándole horrible ingratitud con quien encontró aquella virgen tierra en el secreto mar y la extendió á sus plantas cuando en la granadina vega se remataba la obra de su rescate con la cruz de Mendoza nublada por el humo de la Inquisición; quién, como buen poeta, convierte un descubrimiento de ayer en epopeya religiosa, como á Colón en litúrgico héroe; quién, por español, cual si la justicia estuviese con el patriotismo reñida y pudiera en cosa ninguna empecer el amor de nuestro suelo al reconocimiento y confesión de sus culpas, disminuye á Colón para justificar á España, como si no hubiese Inglaterra menospreciado á Shakespeare y maldecido á Byron, Francia negado sepultura decente á Molière, Italia preso á Galileo y desconocido á Colón, Ginebra, tan progresiva y tan republicana, quemado á Servet; achaques á la humanidad congénitos y de los que ningún pueblo se exime y salva en el curso muchas veces turbio y cenagoso de toda vida, especialmente de la vida que viven todas las

grandes colectividades humanas. Colón aventajaba en ciencias abstractas, en pensamientos intuitivos, en inspiraciones geniales, á su rival, Pinzón; pero su rival, Pinzón, aventajábale seguramente á él en experiencia, en cálculo, en administración, en aptitudes para el mando, en espíritu de disciplina, en talentos de organizador, en todo lo ejecutivo y cumplidero y practicable. Para los gastos de la escuadrilla fué Pinzón consumado hacendista; para el arreo y aparejo de las naves consumado administrador; para la leva y disciplina de tripulaciones consumado capitán; pero no fué, no, el revelador, calidad excepcional y suma, reconocida en Colón por el voto de todos los pueblos y por el transcurso de todas las edades. No sólo adivinó más que nadie y antes que nadie; no sólo padeció como no había padecido ninguno de sus colaboradores; no sólo reclamó y trabajó con aquella tenacidad rayana en monomanía, sino que creyó; y cuantos al mismo tiempo creyeron, ó se contagiaron más tarde con los efluvios de sus sentimientos, encendiéronse al calor de su corazón é ilumináronse al éter de su inteligencia. Y habiendo visto á Pinzón levantar levass que no consiguieron los continos y corregidores de la reina Isabel; organizar la escuadra en sólo quince días como no la organizaran Colón y sus agentes en tres meses; proveer á los gastos del propio peculio, en la deficiencia del dinero procurado por la corte y por las tesorerías Reales; conducir la *Pinta* con averías tan peligrosas desde Cádiz á Canarias; y tras todo esto, aun hemos de verle en mejores ocasiones, con mayor brillo, é influyendo con sumo poder y resuelta decisión en el resultado último, digamos que, sin achicar un punto la línea esplendente y alta donde frisa Colón, aun quedan márgenes en el poema de las exploraciones gigantescas para una tan grande figura como la colosal del piloto y armador de Palos, quien por sí, no solamente facilitó la difícil salida, sino que fué quizás el más resuelto, ya lanzada la escuadrilla en su derrotero, á impedir que retrocediese y marrara, empleando en ello su firme y poderosa voluntad.

Desde que zarpó de la Gran Canaria, dirigió Colón el rumbo á Occidente; y desde que dirigió el rumbo á Occidente con tan resuelto propósito, sus compañeros convirtieron á Oriente la vista. Nada más natural. El profeta se regía por sus esperanzas; los marineros por sus recuerdos. El uno solamente veía la tierra de quien iba en demanda; los otros solamente veían la tierra de cuyo seno amorosísimo salieran. Por la extensión de nuestros dominios y por la forma de nuestro territorio, habían visto desde su heroica salida, Cádiz, la estrella vespertina, término sacro, como una piedra miliaria consagrada por la religión, término sacro de nuestra patria, y habían encontrado nuevamente otra España en aquellas islas Canarias que, á guisa de sirenas, los reclamaban y los retenían para sí con la dulzura de su clima, con la transparencia de su aire, con la ondulación de sus costas, con la claridad de su cielo, y sobre todo, con las insignias del dominio patrio allí recién establecido, especialmente sobre la Gran Canaria, siquier no se hubiera dilatado todavía en tal año por todo el archipiélago. La devoción de aquellos tripulantes al suelo se acrecentaba en el ingreso de un desconocido mar, donde iban los cuitados á perderse y abismarse tristemente, sin derroteros, sin cartas, sin ciencia ni noción alguna de su camino y sin idea ni noticia del punto al cual pudieran arribar y del tiempo de que pudieran disponer. Así Colón se apremiaba con sumo celo á sí mismo, y apremiaba la diligencia de los cooperadores al plan, para que pronto dejasen todos á sus espaldas la tierra conocida, cuyos encantos y atractivos los retraían del mar y los ataban fuertemente á la ribera. El poema de las navegaciones antiguas personificaba esta propensión del marino á la tierra firme y estas llamadas de su deber al elemento líquido; la contraposición del suelo donde tenéis bajo vuestros pies el sustento de la vida con el mar donde tenéis bajo vuestros pies el abismo de la muerte; todas estas luchas de impulsos contrarios, que combaten y asaltan á los nautas, repelidos del agua por su naturaleza terrestre y al agua llamados por su deber moral, todas ellas

las personificaba, como decíamos arriba, el poema de las navegaciones antiguas, la *Odisea*, en la hermosa Calipso, que impide los viajes de Ulises, en la prudente Nausicaa, que halaga con su tierna hospitalidad al rey piloto, en aquellas sirenas que lo requieren á una con suaves cánticos para que se lance en sus brazos y en sus brazos se quede. Pues aquello mismo, tan poéticamente descrito por Homero, temía Colón, á saber: que las Canarias, en guisa de sirenas, retuviesen á los navegantes, desorganizando por completo la compañía, con tanta dificultad reunida y tan opuesta de suyo al fin para que fué aparejada. En primeros de Septiembre dejó tras de sí el archipiélago y se abismó en el mar. Urgíale tanto más esta determinación, cuanto que se trocaban á la vista de sus compañeros los más naturales fenómenos en celestiales advertencias. Por claras noches, como las noches semiandaluzas y semitropicales de Canarias; en cielo transparente, donde los luceros á una con mágicos rayos brillan y centellean; al espléndido borde de un mar tan diáfano como el cielo y tan por extremo sensible á todos los besos de la luz; el cono violáceo de un estriado volcán en purpúrea erupción, como el volcán de Tenerife, que parecería un sol nuevo formándose allá en lo infinito, con llamaradas productoras de irradiaciones semajantes á iris entre nubes ligeras y aeriformes de rojizas humaredas, por enjambres de aerolitos circundado, que habían de semejarse á un estallido de planetas y á una vía láctea incandescente; un tan espléndido espectáculo prestábales horroroso terror pánico, porque creían al encendido monte un cíclope colocado allí por Dios sobre las puertas últimas del mundo conocido, para cerrarlo é impedir todo el paso al mundo desconocido, por su providencia oculto en la líquida y desierta inmensidad inasequible al hombre, de igual manera que allá en los paraíso y edenes de la religión era inasequible y estaba prohibido el árbol de la ciencia, cuyo temerario conocimiento pagaran ¡ay! nuestros primeros padres con el dolor y con la muerte. Colón debió mostrarles cómo las supersticiones los engañaban y cómo aquellos

mismos fenómenos se repetían en costas entonces tan conocidas como las costas del Tirreno y sobre los bordes tan estudiados de tierras como Italia, Sicilia y Grecia. Pero, aunque se calmara por el pronto, al bálsamo de su maravillosa elocuencia y al ejemplo y recuerdo de otras erupciones análogas, el terror aquel; un accidente cualquiera, una circunstancia imprevista, un caso fortuito podía reanimarlo, perdiéndose todo y todos á la terrible sacudida de sus espasmos. Las colectividades superan en instinto de conservación á los individuos. La idea nueva siempre aparece allá en lo más alto, como un astro de primera magnitud, solitaria isla de luz en océanos de sombras. El recelo de un pánico en la tripulación y de un combate con las naves portuguesas aceleró la partida.

Pero les había costado mucho zarpar y separarse del archipiélago de Canarias. Veían la segunda nave, la *Pinta*, de tal suerte maltrecha, que deseaban dejarla en aquella costa para su carena y arreglo, reemplazándola con cualquier otra. Parecía natural el debido logro de sus esperanzas y deseos, atento el excepcional ministerio desempeñado por aquellas islas, tan apetecidas de Portugal, en el objeto y fin magnos de la exploración del mar tenebroso. Los bateles, enviados á tierra de Gomera desde la nao capitana, volvieron pronto, sin haber hallado ninguna otra nave y sin haber sabido más noticia sino que aguardaban, según dice Fernando Colón, allí á D.^a Beatriz de Bobadilla, señora de la isla, quien iría en el navío sevillano *Grajeda*, capaz de cuarenta toneladas y muy á propósito para el temeroso viaje. Pero D.^a Beatriz no llegaba nunca; y el Almirante sólo tropezó con un carabelón, acabando por convencerse de lo imposible que resultaba el aqúistamiento de buques y por persuadirse á una marcha pronta y á una separación indispensable de aquellas seductoras sirenas. Como él mismo en su *Diario* dice, la *Pinta* quedó adobada el 2 de Septiembre, y convertido su aparejo en redondo, de latino que era. Mas la presencia larga en el archipiélago de las Afortunadas corroboróle más y

más en su idea del hallazgo de las codiciadas Indias por su derecho camino al ocaso. Muchos hombres honrados y españoles, dice Cristóbal Colón en los comienzos de su *Diario*, al servicio de D.^a Inés Peraza, madre del que fué después Conde titular de la Gomera, avocados en la Isla de Hierro, juraban por su honor, en Dios y en conciencia, ver cada un año, durante ciertas estaciones, tierras firmes occidentales, tan de bulto y relieve á los ojos, que parecían accesibles también á las manos. Y unía con estas noticias dadas por los canarios Colón otras de su propia cosecha y acervo, como que, hallándose de larguísima estada en Madera, cierto isleño fuese á Lisboa, y le pidió al Rey de Portugal una carabela con ánimo de dirigirse y abordar á vecina tierra, la cual veía de continuo entre los celajes del horizonte y las evaporaciones del mar. Con efecto, las refracciones del aire, así en los océanos como en los desiertos, fingían estos continentes aéreos, tomados unas veces por la imaginación y otras veces por la esperanza de los comarcanos aquellos como efectivos y reales, hasta el punto de idear numerosas navegaciones en su busca y requerimiento, al término de las cuales recogían sólo tristísimos desengaños. La ilusión llegó al extremo de generar una certidumbre tal sobre la existencia y una confianza en el hallazgo, que todos estos espejismos, bautizados con denominaciones varias, inscribíanse á una en los mapas y constaban como verdaderos en las tradiciones ribereñas. La física moderna, en sus revelaciones del éter y de la luz, ha dado la razón de tales fenómenos atmosféricos y aéreos. Mas ¿no demostraba esto que así cual sobre los capullos de las flores en primavera discurren las mariposas, como anunciando el fruto lejano, discurren las ilusiones y las esperanzas sobre todos los apartados horizontes de una realidad viva, que se acerca y se cumple á despecho de todas las dificultades y de todos los obstáculos, sirviendo para prestar en los pilotos aquellos en sus esperanzas é impeler los barcos más con estas esperanzas del espíritu que con las brisas del cielo?

CAPÍTULO XIX.

EL MAR TENEBROSO.



El día 6 de Septiembre dejaban tras de sí el archipiélago y se metían en el Océano infinito é insondable. No fué sino muy costosa la demanda y requerimiento de aquel abismo. Una calma chicha reinó que semejaba mágico sortilegio de las islas para retenerlos. En tres días anduvieron bien pocas singladuras. Las velas semejaban alas mojadas en el agua salobre y caídas en una inercia invencible. Sobre tal espejo del mar, bajo aquel cielo que parecía como turquesa convertida en rotonda, tras las reverberaciones del transparente aire, las tierras, de que se despedían, tomaban esmaltes, á cuyos toques en los ojos los corazones movíanse uniformes y unísonos al deseo de la estada en una eterna contemplación que les preservase del misterio donde se habían sumergido. Por fin empezó á soplar una brisa favorable del Oriente que convirtió los barcos, antes inmóviles y pesadísimos, como cantos, en rápidas flechas. Á este impulso toda la tierra se perdió de vista y los exploradores se hallaron entre los mares y los cielos como suspensos. Colón alzó á Dios su pensamiento, aromado en misticismo profundo, y le dió gracias por haber extinguido las inflamadas líneas terrestres, cuyo atractivo divertía los perplejos ánimos